

Polygone: la pedagogía como instrumento político*

Polygone¹ es una red europea de educación para el desarrollo con amplia experiencia en el terreno educativo. Inició su actividad en 1996 con un proyecto europeo de formación y de investigación-acción en educación para el desarrollo destinada a animadores juveniles.² Trata de dinamizar el debate educativo, favoreciendo el intercambio de experiencias, materiales y modelos teóricos que permitan adecuar la formación solidaria permanente a los retos que plantea la globalización. El papel de la educación como práctica transformadora en distintas sociedades del Norte y del Sur y la conceptualización de la educación para el desarrollo han sido los temas centrales de esta red.

No existe una única y exclusiva definición de educación para el desarrollo. Las variaciones dependen del sentido que se atribuya a la palabra desarrollo y educación, y al contexto y tiempo en el que se enmarcan. Hemos definido la educación para el desarrollo como un proceso dinámico, que genera reflexión, análisis y pensamiento crítico sobre las relaciones Norte-Sur; que trata de mejorar los

* Elaborado por Manuela Mesa a partir del texto de *Educación para el desarrollo: una experiencia europea de formación y de investigación-acción en educación para el desarrollo destinada a animadores/as de jóvenes*, Iteco, Bruselas 1999.

¹ Polygone está formada por cinco ONGD europeas: ITECO de Bélgica, CIDAC de Portugal, *Etudiants & Développement* de Francia, Centro de Investigación para la Paz y Hegoa de España.

² En este momento la red Polygone está impulsando la creación de una red internacional de educación para el desarrollo y educación popular a partir de un Seminario Permanente que permite a las organizaciones participantes del Norte y del Sur intercambiar experiencias, materiales y modelos teóricos, así como debatir sobre cuál es el papel que puede jugar la educación como práctica transformadora en el mundo actual.

mecanismos de percepción y comprensión de las personas o grupos ante determinadas situaciones relacionadas con la desigualdad e injusticia, así como sus comportamientos frente a ellas y sus consecuencias a largo plazo. La educación para el desarrollo trasciende los enfoques puramente afectivos, propios de la "sensibilización de la opinión pública", y centra su acción en un proceso pedagógico que combina las capacidades cognitivas con la adquisición de valores y actitudes positivas, orientados a la construcción de un mundo más justo en el que todas las personas puedan compartir el acceso al poder y a los recursos.

La educación para el desarrollo se define a partir de tres ejes que están estrechamente ligados entre sí: sociopolítico, intercultural y desarrollo. El eje sociopolítico propone, en el actual contexto de la mundialización del pensamiento único, una concepción que sitúa a las personas como protagonistas activas en la construcción de su propia realidad. Esto implica aportar, en el proceso educativo, herramientas que permitan a las personas analizar sus acciones y los mecanismos que rigen la sociedad. El eje intercultural plantea, frente a una visión etnocéntrica del desarrollo, un proceso educativo basado en el respeto mutuo a las diferentes formas culturales y una mayor igualdad. Esto supone la creación de condiciones de diálogo adecuadas que se sustenten en estos valores de tolerancia y respeto a la diversidad. Por último, el de desarrollo propone, ante la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, una educación basada en la solidaridad, que refuerce la capacidad para trabajar colectivamente y sentar las bases de un mundo más justo, en el que las personas puedan compartir el poder y los recursos.

La educación para el desarrollo requiere estrategias y enfoques dinámicos que se adapten a un contexto sociopolítico en permanente cambio. Se nutre de diversas fuentes, una de las más relevantes ha sido la educación popular. Ésta surgió en los años sesenta como una propuesta de los movimientos populares al modelo tradicional de enseñanza que ignoraba los problemas de la realidad local. Uno de los pedagogos de referencia fue Paulo Freire cuya práctica educativa se desarrollaba partiendo de las necesidades de los grupos excluidos y marginados. Freire planteó, como uno de los objetivos principales de la educación, la toma de conciencia por parte de la persona de su propia realidad —concientización— y de su capacidad de transformarla. Para ello es necesario promover una actitud crítica, comprometida con la acción a partir de diálogo y la participación activa con el fin de adquirir unos conocimientos básicos que permitan la emancipación de la persona. La alfabetización, la formación de adultos y la organización comunitaria fueron los elementos primordiales de este método.

La contribución de Freire a las propuestas educativas del movimiento de solidaridad, del movimiento pacifista y de los grupos de renovación pedagógica ha tenido una gran importancia. La educación para el desarrollo y la educación popular comparten como objetivo principal la promoción de procesos de transformación individual y colectiva ligada al contexto local desde una perspectiva global. Para ello es imprescindible contar con una visión global de los fenómenos en el proceso participativo de formación, de manera que se puedan realizar un análisis e interpretación profunda de los acontecimientos. Esto permitirá desmontar los prejuicios y estereotipos que son un obstáculo para la solidaridad.

Estas dos corrientes educativas se enfrentan a las visiones simplificadoras y reduccionistas que predominan sobre la desigualdad Norte-Sur. A menudo, las acciones mayoritarias son aquellas relacionadas con la sensibilización a gran escala, que apelan a los buenos sentimientos, haciendo uso y abuso de imágenes catastrofistas y miserabilistas. Esta interpretación ignora las cuestiones relativas a la responsabilidad, la interdependencia y la complejidad de los fenómenos. Por su parte, la educación popular en ocasiones reduce la acción educativa a simples dinámicas de grupos ausentes de una dimensión de cambio y/o transformación social.

También existen elementos diferenciadores entre ambas propuestas educativas. La educación popular se dirige a la formación de los grupos desfavorecidos, excluidos, que buscan su empoderamiento para transformar la situación de injusticia y desigualdad en la que viven. Su acción se enmarca en el ámbito no formal. La educación para el desarrollo se dirige a las capas medias de la población, susceptibles de movilizarse en solidaridad con los sectores marginados del Norte y del Sur y se realiza en los ámbitos educativos formales y no formales.

La pedagogía como instrumento político

Una visión dominante en la historia de la cooperación internacional, y también de la solidaridad, es que los agentes (movimientos sociales, ONGD, trabajadores sociales) con su bagaje técnico y cultural intervienen a favor de un beneficiario específico, a quienes enseñan cómo salir de su condición precaria, cómo integrarse o cómo combatir al sistema socio-económico que los excluye. Esta concepción pedagógica es mecanicista porque ignora la importancia de las peculiaridades del contexto y presupone que las personas a las que se quiere ayudar son seres social y culturalmente inferiores, que dejarán de serlo cuando hayan asimilado los nuevos conocimientos.

La pedagogía se transforma en instrumento político sólo cuando no se reduce a un simple proceso de transmisión de conocimientos técnicos. Por eso resulta muy importante percibir la práctica de la educación para el desarrollo como otra forma de enseñar. Una forma de enseñanza-aprendizaje que reconoce al otro como sujeto portador de saberes y cultura, con quien se teje, conjuntamente, una red de nuevos conocimientos a partir del diálogo. Este modelo de educación dinámica e interactiva se completa con la elaboración de un marco interpretativo, que permite una visión más profunda y global de los fenómenos. Si no se tiene la capacidad de interpretar las señales del propio contexto y de la realidad internacional, tampoco se tendrá la capacidad para identificar las reivindicaciones importantes, las denuncias justificadas y, menos aún, para proponer alternativas que transformen la realidad local y/o global.

Existe una escasa valoración de los métodos de enseñanza-aprendizaje y de los enfoques que hay que utilizar cuando un programa formativo se dirige a sectores sociales diferentes, o a culturas en las que la realidad se interpreta de una manera distinta de la del formador. Ese modo de pensar y de actuar responde a la premisa fundamental de que la ciencia y el conocimiento son objetivos y pueden ser transmitidos e igualmente asimilados, independientemente de las característi-

Resulta muy importante percibir la educación para el desarrollo como una forma de enseñanza-aprendizaje que reconoce al otro como sujeto portador de saberes y cultura

cas de educadores y aprendices. Es decir, las ciencias y el conocimiento serían indiferentes a las variaciones del contexto. Sin embargo, con frecuencia se olvida que existen propuestas pedagógicas específicas según la edad, el medio social, el contexto político, económico y cultural de las personas implicadas en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Muchos especialistas en el campo educativo subrayan la importancia de la participación del grupo en el proceso de formación. Se trata de devolver la curiosidad, la esperanza, el deseo y el poder de hacer evolucionar la propia vida. Sin embargo, el modelo educativo actualmente en vigor contradice estos principios, especialmente en secundaria y universidad.

Las estrategias y herramientas educativas utilizadas en el proceso de enseñanza-aprendizaje tienen un carácter instrumental que no se debe aplicar de forma mecánica. Es necesario evitar que la educación para el desarrollo se convierta en un conjunto de técnicas, juegos y actividades participativas con los que mantener al grupo ocupado. Educarse exige esfuerzo y estudio, planificar, revisar, evaluar y reformular nuestras acciones tanto en la teoría como en la práctica.

Aprendizaje y acción

La formación no debería ser un mero paréntesis, sin repercusión futura en la vida de sus participantes; debería poder extenderse más allá de su propio espacio. En el momento actual se tiende a encasillar el saber y las disciplinas en cotos cerrados, es decir, se parcela y deja inconexas las diferentes dimensiones de la realidad. La educación para el desarrollo, por el contrario, promueve lazos entre entidades distintas y establece una dialéctica entre teoría y acción, entre realidad local y visión global, entre individuo y sociedad, entre formación y acción colectiva.

José Bengoa (1996) plantea que los movimientos sociales tratan de movilizar opiniones y acciones para modificar determinadas actitudes sociales, y para que la sociedad civil ejerza una presión suficiente que produzca mejoras duraderas en las políticas públicas. Con frecuencia no se valoran las situaciones de participación social como espacios privilegiados para potenciar el aprendizaje. La acción de los movimientos sociales crea espacios en los que se produce un aprendizaje como resultado de los mecanismos de socialización indirecta, activados gracias a la experiencia de participación en diferentes instituciones sociales: movimientos, asociaciones, sindicatos. Este autor considera que las actividades colectivas son más formativas que los cursos de capacitación y que otras actividades escolares. Sin embargo, este aprendizaje, sin estructura ni programa que testimonie su evolución, es imposible de evaluar en términos educativos. Una posibilidad sería tender puentes entre la formación y el espacio de acción de grupos y de movimientos sociales, lo que permitiría un enriquecimiento mutuo.

Otro de los interrogantes que se plantean es si la pedagogía para la acción se detiene en la concienciación o hay que pasar necesariamente a un compromiso activo. La cuestión de la neutralidad del educador/a y de la institución a la que pertenece sigue vigente. El educador/a, puede jugar distintos papeles amparado por el marco de libertad que le otorga la estructura educativa. Puede "entrar y salir" para ayudar a argumentar, para gestionar el debate o para tomar partido. Pero los

momentos de implicación docente deben ser mesurados y discretos de modo que no interfieran o bloqueen la reflexión de los participantes. Fuera del espacio formativo, en la acción propiamente dicha, esa pseudo neutralidad del educador y de la propuesta formativa desaparecen, dejando al descubierto el proyecto concreto de sociedad por el que se ha optado.

El proceso pedagógico, en una educación interactiva, incorpora las prácticas de los y las participantes y destina el espacio y el tiempo necesario para el trabajo de análisis. Estas prácticas constituyen la base en la que los educadores aportarán sus conocimientos e impulsarán la capacidad de análisis del contexto actual

La educación para el desarrollo, en su vocación de articular actividades y dimensiones diferentes, tiene también la misión de establecer una dialéctica entre teoría y acción. El cambio de valores y actitudes va haciéndose operativo a partir de acciones concretas. Estas deberán ser estudiadas y analizadas en profundidad, en los momentos de reflexión, formación y análisis.

Trabajando con públicos diversos

La pregunta sobre cómo aumentar nuestra presencia, cómo ofrecer una imagen de concreción y aparecer constructivos ante un público menos sensibilizado con las cuestiones relacionadas con la solidaridad internacional sigue vigente.

La educación para el desarrollo no puede limitar su acción a estrategias de sensibilización destinadas al gran público. Tampoco resultan suficientes los trabajos centrados en un tema o dirigidos a un destinatario muy específico. Es preciso comenzar a trabajar con estrategias y acciones simultáneas dirigidas a instituciones como la Unión Europea, los Estados, ministerios, ayuntamientos, universidades, medios de comunicación, los diferentes actores del desarrollo local y los movimientos sociales en general. Hay que diversificar el espectro de destinatarios de las acciones de educación para el desarrollo y evitar centrarse en un sólo grupo.

Es necesario idear modalidades de trabajo con grupos diferentes, participando en redes, compartiendo debates, análisis y acciones con organizaciones que puedan fortalecer y consolidar las acciones de educación para el desarrollo, con multiplicadores que amplíen el impacto de la propuesta educativa y con recursos didácticos apropiados.

La dimensión Sur de la educación para el desarrollo

En los programas de educación para el desarrollo que se realizan en el Norte se explica la realidad y problemática del Sur, y su cultura. Debería existir un mayor diálogo en todos los niveles que incluya los debates internos y externos de las organizaciones del Sur, con el objetivo de determinar la forma en que desean estar presentes en el Norte. También sería importante conocer cual es la percepción que tienen de las organizaciones del Sur, de contrapartes en el Norte.

La cuestión de la dimensión Sur en la educación para el desarrollo es muy compleja, y no existe una única respuesta. Lo más frecuente es incorporar a representantes del Sur en las diferentes campañas de información que se realizan. Esto

Debería existir un mayor diálogo que incluya los debates internos y externos de las organizaciones del Sur, con el objetivo de determinar la forma en que desean estar presentes en el Norte

no siempre resulta satisfactorio porque puede reforzar estereotipos de carácter exótico, y folklórico o bien incidir en el aspecto "sensiblero". Una visión menos superficial implica no incluir de manera mecánica las opiniones de la gente del Sur; su origen geográfico o cultural no les hace necesariamente infalibles. La cándida e ingenua opinión según la cual los valores de participación y solidaridad están en la naturaleza misma de las personas y culturas marginadas del Sur se encuentra muy difundida. Es importante evitar la visión reduccionista y maniquea de un mundo dividido en buenos (del Sur) y malos (del Norte). Sería más correcto sentar bases sólidas para debatir lo que, para uno y otros, significan "desarrollo humano sostenible", "derecho humanos", "dimensión de género", etc. El trabajo conjunto en la toma de decisiones sobre qué acciones llevar a cabo, como hacerlas y como evaluarlas contribuirá a sentar esas bases. Ello permitirá, además, ajustar y enriquecer las percepciones y conocimientos del Sur, y las organizaciones del Sur podrán cuestionar sus visiones estereotipadas del Norte.

La dimensión Sur de la educación para el desarrollo sigue siendo un debate abierto, un nuevo camino para recorrer y explorar atentamente, con la esperanza final de llegar a compartir entera, sincera y eficazmente los principios de compromiso y participación.

Otro debate importante es el relativo a los inmigrantes de cualquier condición: refugiados, desplazados, intelectuales, trabajadores legales o clandestinos. Para muchas ONGD y movimientos sociales, la inmigración no pertenece al ámbito de competencias de la cooperación. El argumento que subyace es que la cooperación se limita al trabajo sobre el terreno. Pero si la interdependencia, la globalización de la economía, la deuda... se sitúan en el centro del contenido abordado por la educación para el desarrollo, no se pueden ignorar las consecuencias de esos procesos.

Si las acciones de educación para el desarrollo, como parte de la cooperación buscan cambiar el Norte, entonces la acogida de extranjeros, la voluntad de cambiar las leyes que les afectan o la importancia de la dimensión intercultural de nuestras sociedades, son temas que conciernen a todos aquellos que practican la educación para el desarrollo como vía de compromiso en la construcción de un mundo más justo.

Bibliografía

- Paulo Freire, *La pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- José Bengoa, "L'education por les mouvements sociaux", *Antipodes*, Iteco, Bruselas, 1996, Nº 132.